

**CEGADOS**

“Recuerda que tú existes tan sólo en este libro [...] [...] que puedo suicidarnos con romper una página”.

*DIARIO CÓMPLICE (1988)*

*Libro primero (XXV)*

Luis García Montero

*(Siete años después)*

*Las hogueras del verano se apagaban con la marea baja. La muchacha que aguardaba sobre la barca era ya una mujer, con sus deficiencias emocionales sí, pero capaz de ser feliz con su mundo de jeringuillas y personajes de otros mundos, de sándalos y orquillas de papel.*

*El hombre que se acercaba hacia la orilla, ennegrecido por el sol, tieso y seco por estar tanto tiempo junto a la salina, no imaginaba que ella ya le había visto.*

*Con un impulso se contuvieron la mirada unos segundos.*

*Si bien él traía consigo un libro deshojado, ella releía un cuaderno mohoso donde alguien escribió, hace ya algún tiempo, todo lo que creía importante. Ni un suspiro, ni una lágrima, sólo un “hola” quedó suspendido entre las olas, el viento de levante y ellos.*

Un día me dijiste “mirémonos... acariciémonos... besémonos... fornicuémonos y olvidémonos...” es de algún escritor, creo. ¿Te acuerdas?

Tengo la misma ropa desde el instituto y suerte si me la lavan de vez en cuando. Siempre me han gustado las cosas sucias y las arrugas, demuestran que has estado allí, que vienes de otra parte. Me gustan los *gin-tonic* cortitos con 7up y rodaja de limón, dibujo siempre que me lo permito, me gusta comer poco y bien que mucho y mal, nunca pido postre. Me gusta pasear por la casa mientras me cepillo los dientes. Me gustan los libros cortos, esos que puedes leer en un día y pensar en él al siguiente; o los muy extensos, de esos que acompañas a los personajes a lo largo de semanas y los haces tuyos; los libros medianos no sirven para nada: ni sabes el final pronto ni te da tiempo a coger cariño al entorno. No fumo ni me drogo. Me gustaría fumar y me gustaría drogarme. Fumar me duele, drogarme no sé.

De pequeño me gustaba imaginar que era la reencarnación de algún dictador poderoso, Hitler me obsesionaba. O bien, deseaba tener alguna rara enfermedad crónica que me imposibilitaría realizar acciones normales; los médicos hubieran dicho: “No es normal que este muchacho haya logrado llegar tan alto con este tumor cerebral, sin esta afección, sin duda, hubiera sido un superdotado.”

En cualquier caso quería tapar mi falta de actitudes, solapar mi vaguedad perenne: pagando en esta vida por los actos del *imperator* nazi o respaldándome en esa mitológica enfermedad.

Menos mal que hace tiempo dejé de creer en las reencarnaciones. Lo de la enfermedad mental... bueno, evito a los médicos en todo lo que puedo -nunca me hice un chequeo- no quiero que me quiten el “no, usted está sano como un roble, mantiene sus

condiciones físico-mentales en plenas condiciones”; y es que todos deberíamos tener vivos los sueños de infancia. Yo todavía tengo la esperanza de ser un lisiado mental.

## 2

Que envidia me da la gente que veo por la calle con maletas de viaje. Se van. Siempre es mejor que quedarse donde estás. Cogería el primer tren a cualquier sitio, desaparecer, hacerme invisible. Invisible ya soy en cierta forma, por la calle, por mi casa. Por la calle tropezarían, me arrollarían, si no me apartara. De vez en cuando me dan un panfleto diciendo que mi futuro está ahí mismo, en esa cuartilla de papel de fumar mal impreso: “no busque más, el dinero y la felicidad están al alcance de mi mano” o eso dice... lo tiro en la primera papelera que veo. El tío que me lo ha dado me mira con mala cara, que coño le importa, será el primer repartidor que se ofenda... ya, es por mí; no suelo caer bien a la gente, siempre me he llevado mejor con los perros, con las perras y las cosas inanimadas, aquellas que miran sin ojos. Seguramente la silla de mi escritorio me conoce mejor que tú.

## 3

Vivías cerca de un hotel antiguo, no en el hotel, ya, pero no puedo relacionar tu casa sin imaginar que vives en el hotel, sola, abandonada y distante del mundo. En la habitación más alta te asomarías y sólo verías coches y obras intentando pisarse unas a otras. Tú, lejana y ausente.

Pequeña y tímida pero con la mirada firme de las que no dejan pasar una. Los ojos siempre envueltos en un halo negro que te hacen sucia, ya sabes, como a mi me gusta;

como en el día del café... ahí llevabas la misma ropa del último día que salimos con la gente del trabajo, no, espera; ese día llevabas vaqueros por que no dejé de mirarte tus bragas rojas que sobresalían del pantalón; el día del café llevabas un vestido de colores desteñidos que ya te había visto antes, seguro. No podría olvidarme de esos colores apagados, como tus ojos. Sucios y abandonados como el andén de una parada en el kilómetro no-sé-cuanto hacia cualquier parte.

Me he sentado en la cafetería de la estación para ver a la gente irse con sus maletas. Me voy a meter en una de ellas y escapar. Mejor en la mochila de una chica triste, seguro que lleva todo su mundo guardado en ese trozo de tela y se va lejos. Mejor de pelaje negro, la chica digo.

Un cortado por favor. Ya sé que me cae mal, lo abandoné por el té dulzón de la India del supermercado. El café es amargo y duele pero, siempre vuelve. “¿Café o té?”  
“Mejor un tinto.”

Normalmente malgasto el tiempo a cada paso, como ahora, que miro las vías y te escribo. Lo sé y no me importa o, al menos, no hago nada por solucionarlo, me refiero a lo de perder el tiempo. A veces me quedo pensando... no sé en qué pienso, sólo pienso, y en esa duermevela comprendo cosas y me convierto en una hilera de pinos con música de fondo, a manera de secuencia propia del viaje en tren, como una película independiente de autor netamente autobiográfico y mordaz... lástima, siempre llega mi parada que me devuelve a mis paisajes internos y al silencio de siempre.

No he podido entrar solo en el bar de el-día-del-café. He pasado por al lado pero había un grupo de chicas riéndose. Por eso he venido a la estación, todo el mundo está de paso, no hay miradas que dicen “estás solo” y casi nadie ríe.

En realidad no estoy solo, ya lo sabes, alguien me guarda la cama, siempre. Quizá tú no me la guardarías nunca. No lo sé. Ella sí.

El día que nos despedimos del morbo, del “y si”, del “podría”, me metí en su cama y le hice el amor lo más lento posible. Sin orgasmos. Sin movernos. Sólo sentirnos y así quedarnos dormidos.

Contigo sólo sería follar ¿no? Un tira y afloja por hacernos daño. Por ver quien lo deseaba menos. Lo he imaginado ¿sabes? Yo sé que tú también. Sólo amigos, claro.

Mientras, te desnudo y te beso las piernas a mordiscos. Te arranco la boca en un concierto abarrotado con un sol de invierno blanco de telón de fondo donde nunca estuvimos. Un callejón a oscuras, ya sabes. Como dos ciegos jugando a no ser vistos. Sólo amigos, claro.

La verdad es que no sé como serán tus besos, deben quemar, seguro. O eso imagino.

Besos ansiosos justos de humedad, para que no cale los huesos.

He perdido mi cepillo de dientes. Por eso ahora utilizo el de La-que-me-guarda-la-cama.

Es lo más parecido a darle besos. Podrías regalarme un cepillo. Nuevo no, claro. Tuyo y muy utilizado. Cuando me acuerde de ti me cepillaré los dientes.

## 5

A veces pienso que lo único que te atrajo de mí es la incertidumbre de saber quien era. Averiguar de que pío cojeo. En el trabajo jugaba a eso, a no decir mucho y lo poco hacerlo entre líneas, para que nadie se diera cuenta. Tú sí lo hiciste.

Quizá cuando te desvele todo lo que soy no seré más que un muesca en tu bastón de camino, una fonda donde cenar por un maravedí liebre especiada y vino tibio de la tierra, no más que una parada exótica donde calentarte una noche para continuar tu aventura a la jornada siguiente. Otros parajes, otras épocas...

Soy ajeno al mundo que me rodea, me doy asco y envidia al mismo tiempo.

Últimamente río por reír, como por comer, follo por follarse y creo que es por ti. Tú eres libertad, nunca serás de nadie pero no lo sabes. Yo tampoco lo sé, no te vayas a creer.

Eres lo peor de mi vida por que deseas lo mismo que yo; la tragedia sería que me equivocara, que todo lo que escribo se quede aquí, que sólo cuente lo que quiero leer y te convierta en un personaje más de mi cuaderno. “¿Amigos?” “Claro”. Ya no sé a quien escribo.

## 6

No nos hemos callado una ¿verdad? Siempre tentando a la suerte, a ver que pasaba, una bala perdida, un daño colateral: nos daba igual. Las cartas sobre la mesa. Pero es que lo oímos. Te oí con esos escotes. Yo no sé que me oliste, pero algo fue. “¿Un tinto?” “Te debo un disco...” Lo mejor que nos podía haber pasado era un revolcón rápido y sucio en yo-que-sé-parte. Nos habríamos dado cuenta enseguida... Muy rápido todo “hola, que tal, ¿follamos?”

Lo peor que nos podía haber pasado es exactamente lo que nos ha pasado. Fue en las vacaciones de invierno. Vaya historia para empezar el año.

## 7

Si pienso en ti me pongo nervioso, ansioso, desconcertado e ido. Un trapo inútil. Después del café... nunca debimos vernos. Ya sé que te dije que hubiera sido igual, que tarde o temprano nos hubiéramos encontrado y podría haber sido con alcohol de por medio “¿un tinto?” Porque me pones nervioso, ansioso, desconcertado e ido y ahí no hay solución ni callejón demasiado oscuro para no descubrirte. Ciego de vida, ciego de ti, hacerme diminuto y perderme entre tus uñas, jugar con tus pechos, explorar tus lóbulos. Ciego, perdido entre tus cueros de hilo. Lo mejor será callarnos por una vez. Mejor que nos tengamos en el recuerdo como imposibles que como posibles. No, no hubiera sido igual.

Vaya manera de empezar el año, sí. “¿Un tinto?” “¿Con dos dices que te sueltas?” “Otro por favor.”

## 8

El primer día del año, como de costumbre, fui al paseo de la playa; está como hace años, no ha cambiado nada, como una polaroid en tecnicolor: las casitas apiladas, las sábanas tendidas en las azoteas, las cañas de pescar, los viejos paseando, las barcas tumbadas junto a la orilla... Es como si se hubiera parado el tiempo en apenas una migaja de litoral. Dan ganas de quedarse aquí, que el tiempo te pase por la nuca y no te vea. Dibujar todo el día y convertirme en el contertuliano habitual del chiringuito. El

viejo del lugar. El poeta que tire a dar a las niñas diciéndoles que “los poetas follan más y mejor.” Sólo hay un problema. Estaría todo el día con los ojos encogidos. Odio el sol. Por la orilla he visto a la pareja del quinto... sí, son ellos. No inspiran mucho, se tienen el uno al otro. Creo que piensan que con eso les basta. Más que felices parecen una marea de conformidad complacida. El uno al otro. Sus cosas y sus pequeñas cosas. Nada importantes claro, tuyas al menos. Cada vez que les veo me devuelven la sonrisa. Complacida.

Para algunos el tiempo ya se ha detenido.

Tú también tienes a alguien que te guarda la cama, más que guardártela te la calienta a ratos ¿no? Lo conocí en el trabajo, no hubo falta presentaciones cuando le besaste. No está mal. A ti te la calientan a mí me la guardan ¿qué hacemos entonces? ¿Cogemos las maletas? ¿Desaparecemos? ¿Nos convertimos poco a poco en lo que ya tenemos? Déjalo. Qué pereza. Siempre el mismo producto con distinto envase... Mejor tenernos en el recuerdo como imposibles que como posibles. Así nunca nos olvidaremos el uno del otro. Nos mantendrá los pies en la tierra y la cabeza caliente. Nunca vernos para nunca olvidarnos... no se lo cree nadie.

## 9

Todos deberíamos perder a nuestros seres queridos a la temprana edad en la que aún podemos llorar... esa edad en la que todavía no has decepcionado a nadie, en la que aún sigues inocente. Ahora llego tarde a todo, soy una 2ª edición de un *best seller* de los setenta. Soy la butaca vacía de un cine abarrotado. Soy la entrada agotada del concierto de la banda sonora de mi vida. Cuando todos lloran en el velorio yo ya no puedo.

Es curioso encontrar de vez en vez libros Ya-me-puedo-morir, no me pasa a menudo pero ocurre. Lee a “tal”, es muy bueno o basada en la novela original de “tal”. “Espero que sea cortito.” De longitud digo. El texto digo. A veces pasa que el libro es tan bueno que la historia te secuestra. Cuando acabas uno de esos libros terminas pensando que nunca más volverás a leer algo tan bueno. Ya me puedo morir, creo. En ocasiones aprovecho este “síndrome de Estocolmo” y me pongo a escribir -algo similar en tono a lo que acabo de leer, claro- y termino preguntándome si esas letras son realmente mías. Suelo arrancar la hoja. Mentira, no la arranco.

Normalmente tengo que escribir solo, solo y triste. Si no, no puedo. Como me atrape el día a día, me olvido de la libreta.

Ahora está sentada a mi lado la novela que tú sabes. A cada paso veo metralla de sus líneas en lo cotidiano. Y es que no me suelta, no me deja decidir. Contamina. Lo inunda todo. Las cosas, las persianas, las nubes, las bicicletas, a mí. Yo soy la novela. Tan triste como lo “nuestro”. Demasiadas coincidencias, quizá... mejor será callarnos por esta vez.

No lo he dicho pero, antes de escribir todo esto, descubrí en la mesita de noche unas cartas manuscritas de La-que-me-guarda-la-cama, no estaba seguro pero, por como estaban enterradas entre otros papeles, creo que no quería que las encontrara. Cuando las ojeé confirmé que no quería que las leyera, de hecho no estoy seguro de haberlas querido leer.

Corazones de San Valentín en cartulinas rojas con dedicatorias ñoñas, mechones de pelo en plásticos mal cerrados –muchos plásticos-, canciones que no conozco, letras de otros. No sabía que pudieras llorar con un párrafo de Machado. En la iglesia de San Nicolás te espero, todavía no vi la última de Puenzo, “¿Puenzo?” Gracias, lo pasé muy bien junto a ti en las vacaciones de invierno.

Es como si la que conocía se hubiera ido hace mucho. Vale, estaba ciego.

Tuve que reprimir tirárselas a la cara ¿cómo hacerlo si yo estaba haciendo lo mismo?

Después de todo, no somos tan distintos.

Hoy he visto al de la pareja del quinto solo. Comprando en el supermercado sueco de rectitud higiénica, miradas escasas y frío. Mucho frío. Yo llevaba puestos los cascos y no sé si me dijo algo, yo sólo escuchaba: "...y vivo así en mi palacio de papel. Se está bien aquí..."

Llevaba una sopa individual, una cerveza y un algo que no alcancé a ver.

Estaba solo. Ya lo he dicho sí pero, dónde estaría ella. Esa comida era tan típica de un soltero. ¿Lo habían dejado? No, no puede ser. Seguirían juntos pero ella seguramente se habría ido a cuidar a su madre o a casa de su tía la del pueblo. Sí, eso será. Seguro que vuelve.

Llegué a la caja para pagar mi sopa individual, mi cerveza y mi no-sé-que. -Son veinte minutos menos de vida- "La mujer del tiempo anuncia un vendaval, pero no me iré, resistiré." ¿Qué llevaba café o té?

-Su cambio, gracias por venir, no deje de venir bla-bla-bla.-

Ya me puedo morir.

## 10

Me ciega la luz del sol. No la soporto. El fulgor y el destello. No van conmigo. Es como si me hablaran de sitios en los que nunca he estado. Como si en una reunión todos discutieran de algo de lo que no tienes idea alguna. Dejas de ver, te alejas. Sólo te hace daño a los ojos cuando te sacan a relucir su brillantez. Me quedo a la sombra

mejor. A la sombra de una vela parpadeante a punto de consumirse. Al menos la vela te hace partícipe de su final. Y cuando ella se va, quedas ciego.

Mejor ciego que mal acompañado.

## 11

Se dice que el ser humano puede tener más de una muerte en vida, la primera muerte es nacer y la última es la física. Pero puede existir la tercera o cuarta muerte, aquella donde nos transformamos en seres inocentes, libres de culpa; donde la ceguera te atrapa, no sabes dónde empieza tu cuerpo y dónde la gran negrura... desapareces. Al ver de nuevo la luz naces de nuevo, vences a la muerte, te conviertes en un temerario que ha contemplado un abismo sin ojos... pero todo esto se puede complicar cuando no se sabe si estás fuera de la oscuridad viendo la luz o si tu mente te hace ver luces que sólo están dentro de ti... que veo o que me gustaría ver. “¿Café o té?”

“Me decías muchas veces que mi vida no era una novela y que ni las historias que hacía mías a cada latir me pertenecían... pero no te creía y ahora me voy en busca de esos relatos, de esas personas confundidas en ficción y leyenda, de territorio y mito, de sotavento y argolla, de penumbra y carbón, de agua y alcohol...” esta es mi carta de desalojo. Sólo nos podemos despedir de los que han estado. Que este epitafio sea mi recuerdo para aquellos en los que he estado. Mi libreta es para ti. Mejor ciego que mal acompañado.

Hoy me he levantado soñando contigo; era un sueño sereno, natural e inocente. Como dos chiquillos en el muro del barrio nos dejaban solos y jugábamos a hacernos mayores. Los dos desnudos frente a la cal añil nos convertimos en anónimos en la

ciudad dormida, humildes en el tiempo que no tenemos y en el espacio que nos queda.

Ya no sé a quien escribo.

Tampoco lo he dicho pero no existen esas cartas encontradas en la mesita de noche de La-que-me-guarda-la-cama. No hay fantasmas recuerdos ni engaños. Nunca se fue, siempre estuvo conmigo. Ni corazones mal recortados, ni la última de Puenzo. Tenía la esperanza de que existieran al abrir el cajón, que, de algún modo, justificasen esta huida. Pero no.

Hoy he estrenado un cepillo nuevo. Ni me guarda la cama ni me la calienta a ratos pero, al menos, no tengo que darle tantas explicaciones. Ya me puedo morir.

“Te espero junto al mar. Que el sol sea mi expiación.

Algún día...”

“Que quieres, están los que van a confesarse a las iglesias, están los que escriben interminables cartas y también los que fingen urdir una novela o un cuento con sus aconteceres personales.”

*CIAO, VERONA (1977)*

Julio Cortázar